

A stylized illustration of a young girl with voluminous, curly brown hair. She has large, white, glowing eyes and a neutral expression. She is wearing a dark, textured dress with a ruffled hem and a large, vertical red and white striped pattern on the front. The background is a solid dark brown color.

**BERNARDO  
ESQUINCA  
MAR  
NEGRO**

A small white logo depicting a person sitting on a log or branch, with a bird-like shape above them.

Almadía

**BERNARDO ESQUINCA**  
**MAR NEGRO**

# NARRATIVA

DERECHOS RESERVADOS

© 2014 Bernardo Esquinca

© 2019 Avenida Patriotismo 165,  
Colonia Escandón II Sección,  
Alcaldía Miguel Hidalgo,  
Ciudad de México,  
C.P. 11800  
RFC: AED140909BPA

[www.almadia.com.mx](http://www.almadia.com.mx)

[www.facebook.com/editorialalmadia](http://www.facebook.com/editorialalmadia)

@Almadia\_Edit

Primera edición en Editorial Almadía S.C.: agosto de 2014

Primera edición en Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.: octubre de 2016

Segunda edición: enero de 2020

ISBN: 978-607-8667-70-3

En colaboración con el Fondo Ventura A.C.

y Proveedor Escolar S. de R.L. Para mayor información:

[www.fondoventura.com](http://www.fondoventura.com) y [www.proveedor-escolar.com.mx](http://www.proveedor-escolar.com.mx)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.



# **BERNARDO ESQUINCA**

## **MAR NEGRO**



Almadía

*A las mujeres de mi vida:  
Talía, Pía y Ramona, tierra firme.  
Ana Laura, Mónica, Lydia y Luz Elena,  
faros siempre encendidos.*

*Similia similibur curantur...*

# LOS PADRES ANTIGUOS

Un hombre de la ciudad no se adapta a cualquier cosa. Desde el momento en que descendí del avión en el aeropuerto de Chetumal, la bocanada de aire caliente que me recibió me dejó claro que entraba a un mundo diferente. Uno exuberante y cargado de humedades insidiosas. Sin embargo, mi chamarra permaneció sobre mis hombros mientras esperaba a que la banda transportadora trajera mi maleta; un último asidero al constante y familiar frío que sentía en la Ciudad de México. En el trayecto de media hora a Bacalar intenté asimilar el paisaje: vegetación tropical entre construcciones ruinosas, deshuesaderos y enormes anuncios de cerveza Superior – bebida que yo creía extinta–; todo conspiraba para darle un toque de decadencia al Caribe mexicano, a pesar de su pujante industria turística. Nada me preparó para lo que encontré en Bacalar, el lugar al que había sido invitado por la Casa Internacional del Escritor para dar un taller de narrativa durante quince días: un pueblito al que la publicidad anunciaba como “mágico” pero al que yo en realidad encontré fantasmagórico. Con calles asfaltadas por las que era difícil cruzarse con alguien, y más complicado aún conseguir una buena cerveza. Bacalar está situado al borde de una laguna a la que debe su fama, una enorme extensión de aguas quietas que cambian de colores como si se tratara de un camaleón. Algo *mágico* había sin duda en ese lugar –desde el primer día escuché historias de niños ahogados en la laguna y buzos que se sumergieron en el Cenote Azul para nunca regresar, perdidos en el laberinto de cuevas subterráneas que conectaba con algo parecido al inframundo– pero su auténtica naturaleza tardaría unos días en revelármeme.

Desde la primera noche batallé para conciliar el sueño, distraído por los inquietantes ruidos del trópico, en especial un chasquido fuerte y cercano que provenía de la ventana de mi habitación; parecía –o así lo quise pensar– como si una mujer agazapada en las sombras del jardín de

la Casa Internacional del Escritor me estuviera mandando besos. Después supe que se trataba de unos diminutos animales amarillos llamados cuijas o besuconas, totalmente inofensivos, que se pegaban al techo del cuarto con esa eternidad pétrea tan propia de los reptiles. Durante aquellas madrugadas calurosas e insomnes no pude dejar de imaginar que aquellos besos siniestros eran lanzados por súcubos de colmillos afilados que aguardaban en lo alto de las palmeras a que el sueño me venciera por completo.

Un hombre de la ciudad no se adapta a cualquier cosa, y yo jamás he podido con los bichos. Para mi desgracia, Bacalar era un lugar infestado de ellos.

Algunos, como descubrí más tarde, era inclasificables.

### *Shark Bay, Australia*

*El general MacCarthy contempló las dunas que se unían con el mar. Vio también las aletas de algunos tiburones que se paseaban a unos metros de la orilla, dueños de aquel territorio protegido de la mano del hombre. Era un paisaje único, pero MacCarthy no estaba ahí para disfrutarlo. Se aproximó al campamento montado al borde de la amplia extensión de estromatolitos y observó las maniobras de los biólogos. Aquellas formaciones primigenias que se apiñaban en las aguas bajas como una colonia de mantecadas cubiertas de lama, le parecían tan absurdas como anodinas, pero eran material de estudio prioritario del Proyecto Rojo, y él debía vigilar que las muestras se tomaran y llegaran en buen estado al laboratorio. Eso en teoría, porque los biólogos sabían hacer bien su trabajo, y él no entendía nada de embalaje, biocontenedores de seguridad, temperaturas controladas. El general MacCarthy estaba ahí, sobre todo, para asegurarse de que no hubiera testigos. De que nadie ajeno al Proyecto Rojo se acercara e hiciera preguntas incómodas. Hasta el momento*

*todo marchaba según lo planeado. El gobierno australiano se mostró comprensivo y aceptó las explicaciones oficiales. Pronto se irían de ahí. MacCarthy decidió relajarse y extrajo un puro de su chaleco. Desvió la mirada de los biólogos y se puso a seguir la aleta de un tiburón hasta que se perdió mar adentro.*

Ser un hombre de la ciudad en el trópico tiene sus ventajas. El aplastante sol de Bacalar me hacía caminar con la cabeza constantemente agachada, y así fue como me encontré con la primera alimaña. Estábamos en un receso del taller, y me dirigía junto con algunos de los alumnos a una tienda cercana en busca de agua. Sobre el asfalto había una criatura aplastada. Me acuclillé para observarla de cerca. Parecía un insecto enorme.

-Es una tarántula -me confirmó Daniela.

Daniela era oriunda de Chetumal y la que mejor escribía entre todos los participantes del taller. Desde el primer instante me sentí atraído por ella. Su piel morena, sus ojos grandes y brillantes, y su aspecto saludable en general eran todo lo contrario a los espectros lechosos y eternamente constipados que deambulaban por la Ciudad de México.

Yo sólo había visto tarántulas en los documentales de la televisión. Saqué mi celular y le tomé fotografías. Un acto simple que después se convertiría en un ritual durante mi estancia en Bacalar, aunque en ese momento no lo sospechaba. Tampoco sabía que las tarántulas tienen ocho patas. Hice varias tomas ante la condescendencia de mis alumnos. Me sentí estúpido, el ejemplar ciudadano que se impresiona con la fauna que para los locales resulta una obviedad. Daniela me lanzó una mirada que decía "sólo es una araña". Estaba parada a mi lado, con sus largas y bronceadas piernas ofreciéndome un asidero ante el mundo salvaje. Ya las había tenido alrededor de mi cintura y

alrededor de mi cuello, apretándome con el vigor de sus veintitrés años. Siempre he pensado que las piernas de las mujeres son mi mayor debilidad y también mi fortaleza. Lo mismo me han vencido que soportado. Por eso es la parte del cuerpo femenino que más agradezco.

Cedí ante la impaciencia de Daniela y me levanté, olvidándome de la alimaña. Fue algo pasajero. Al terminar la sesión del día, me retiré a mi habitación, bajé las fotografías a mi laptop y me di cuenta de una cosa.

Aquella tarántula tenía doce patas.

### *Andros Island, Bahamas*

*El mar estaba tan azul que parecía pintado con un crayón. A pesar de la paz que se respiraba en aquel lugar, el general MacCarthy se sentía ansioso por regresar. Estaba harto de comer pescado y escuchar las supercherías de los nativos. Afortunadamente, el equipo del Proyecto Rojo ya preparaba las maletas. No había sido tarea fácil, como en Australia. Esta vez se acercaron algunos curiosos a la zona de estromatolitos; McCarthy tuvo que distraerlos llevándoselos al bar más cercano y dejando que lo atosigaran con las leyendas locales. Una tortura. Al general le molestaba que los humanos buscaran monstruos donde no los había. Los nativos le contaron la historia del mítico Lusca, una criatura gigantesca mitad tiburón, mitad pulpo, que devoraba los barcos en altamar. Qué tontería. El único monstruo que existía era el del ejército enemigo. Cuando se combatía cuerpo a cuerpo, y se miraban los ojos del rival llenos de odio y temor, uno comprendía que ahí se alojaba la bestia. Él había matado cientos de monstruos reales. Lo demás era material de literatura. Y al general MacCarthy no le gustaban los libros.*

Con el paso de los días continué topándome con extrañas criaturas aplastadas por las llantas de los coches en el suelo de Bacalar. Yo las fotografiaba a todas, mientras Daniela les daba de inmediato un nombre para intentar calmar mi creciente inquietud. Si sobre el asfalto había algo peludo y con cola, demasiado grande para ser una rata y demasiado pequeño para ser un perro, ella decía “tlacuache”. Si había algo que parecía un insecto, un grillo o tal vez una hormiga pero del tamaño de un ratón, ella decía “cara de niño”. Sólo hubo algo que no pudo explicar: la piel dejada por una serpiente, a la que sin duda muchos automóviles le habían pasado por encima, porque tenía el grosor de una oblea. Una piel de serpiente, en apariencia simple, que hasta yo supe identificar. Pero cuando la miramos bien nos dimos cuenta de que en el lugar donde debería estar la cola había otra cabeza.

Por las noches me conectaba a Internet y me ponía a indagar sobre los animales que Daniela nombraba. Así es como me enteré de que la forma habitual de las tarántulas no encajaba con la que yo había fotografiado en Bacalar. Daniela se aburría con mis pesquisas y me arrastraba a la cama. Su cuerpo era una novedad para mí, pero tenía algo más a su favor: la conexión a Internet era lenta y se perdía constantemente. Así que yo dejaba que Daniela me alejara del monitor y me enredara entre sus piernas. Lamía el sudor que goteaba por sus muslos, mordía sus tobillos, succionaba los dedos de sus pies. En esos momentos lograba olvidar las cuijas, las libélulas, los zancudos y los gusanos que acechaban en las paredes y en el piso del cuarto.

En el sexo somos más animales que nunca.

*Golfo Pérsico, Emiratos Árabes Unidos*

*Nunca antes se había subido a un camello. Y odió la experiencia. Le parecían animales que se dejaban llevar con una mansedumbre estúpida. Los caballos eran mejores: combatían y conquistaban junto con los ejércitos. Además, el trasero le dolió durante dos días. Su labor en el Proyecto Rojo comenzaba a agotarlo. ¿Por qué era tan importante? El general MacCarthy sabía muy poco al respecto. Se trataba de información clasificada, él sólo cumplía órdenes. Sin embargo, comenzaba a intrigarle. Se dio cuenta de que los estromatolitos tenían diferentes formas en cada lugar al que viajaba el equipo. En unos sitios parecían mantecadas, en otros hongos o pequeñas cúpulas. Los biólogos no decían una palabra al respecto; eran tan crípticos como los superiores del general. Lo único que MacCarthy conocía de aquellas extrañas formaciones era que estaban relacionadas con el surgimiento de la vida en el planeta. Eso, y también que estaba harto de los árabes y su parloteo incomprensible.*

Pronto se convirtió en una obsesión. Me apresuraba a dar el taller y después recorría las calles de Bacalar en busca de alimañas. Mi intención no era únicamente llevar un registro. Quería *saber*. Comencé a preguntar aquí y allá, y a mostrar las fotografías que tomaba con el celular. La gente se encogía de hombros o me miraba con rostro circunspecto. Sí, yo era un bicho de la ciudad. Daniela se alarmó. Arguyendo que mis pesquisas arruinarían mi reputación de escritor serio, intentó convencerme de que me olvidara del asunto. No hice caso: mis libros no se conseguían en Chetumal y sus alrededores; en realidad, yo era un desconocido en la región. Mi desdén hacia los consejos de mi amante no afectó nuestra relación. Seguíamos teniendo sexo por las noches. En cuanto terminábamos, me sentaba frente a la computadora, buscaba información, veía las fotografías una y otra vez.